

II DOMINGO DE PASCUA: La misericordia divina C/2010

Como seres humanos y seres sociales, nosotros vivimos en sociedad con otros con quienes compartimos nuestra vida. Para disfrutar de la vida y confrontar nuestras dificultades, contamos los unos de los otros. Así como nosotros necesitamos la compañía y el apoyo de los demás, también necesitamos su inspiración para continuar.

Una de las consecuencias de vivir juntos es que tenemos que confiar el uno en el otro. Si nosotros no hacemos así, la vida se hace imposible. Este hecho, en vez de ser fortuito, es fundamental a nuestra naturaleza humana, pero es también verdadero para la vida de fe. Es lo que las lecturas de hoy tratan de traer a nuestra meditación cuando ellas describen la vida de la Iglesia temprana y su unidad alrededor de la persona de nuestro Señor Jesús.

De hecho, la Iglesia temprana era una comunidad poderosa donde la presencia de Jesús era visible por los signos y las maravillas realizadas en su nombre. Los apóstoles estaban todos juntos en la oración y eran estimados por todos debido a la calidad de su vida. Algunos de aquellos que se afiliaron a ellos pudieron ver con sus propios ojos el fracaso de mal, la curación de enfermedad y el avance del reino de Dios.

Todas estas cosas pasaron no por el poder de los apóstoles como si ellos actuaran de su propia parte, pero debido a Jesús resucitado. Era Jesús resucitado que los conducía y operaba los signos y milagros a través de ellos.

El libro del Apocalipsis nos da una idea de lo que Jesús vivió después de su muerte en la cruz. La verdad que esto nos revela es que Jesús comparte el poder con Dios. Aquellos que confían en él no deberían tener miedo; todo lo que él toca le da vida. Él murió, pero ahora vive para siempre. Él era el principio de todo que existe, pero él es también el fin de todo. No hay ninguna vida sin él, porque él tiene las llaves de la muerte y del infierno. ¿Si así es, qué debemos hacer?

Tenemos que confiar en él; tenemos que creer todo que nos es transmitido por la Escritura sobre la resurrección de Jesús. De hecho, la fe cristiana es, sobre todo, confianza en Dios. Tal confianza no se basa en alguna prueba o experiencia material, pero en el testimonio de aquellos quienes han estado con Jesús desde de su inicio hasta su último día en la tierra. Ese es el testimonio que los apóstoles han dado que ha llegado hasta hoy a nosotros. Por eso, Jesús dice en el Evangelio: "Dichosos los que creen sin haber visto".

Todo esto nos ayuda a entender el reproche de Jesús a Tomas cuando él dice, "no sigas dudando, sino cree". Con estas palabras, Jesús quería decirle que confiara en el testimonio que sus amigos le habían dicho que él está vivo.

Otro punto que encontramos en el Evangelio es el hecho que, una vez que Tomas estaba en la presencia de Jesús, él era incapaz de poner sus dedos en sus heridas. Lo que todo esto trata de decirnos es que lo más importante no es el ver o tocar los misterios de Dios, pero acercarse a él con un corazón abierto. Por eso la fe nunca puede ser fundada en lo que uno ve. ¿Cuánta gente había visto los milagros de Jesús en su tiempo y no creyeron en él?

Otra cosa que aprendemos es sobre el error de Tomas. De hecho, Tomas se había separado del grupo de los doce después de la muerte de Jesús. Él buscó la soledad más bien que la unión. De modo que cuando Jesús se les apareció a los otros apóstoles, él no estaba con ellos.

Este episodio nos enseña que solos fuera de la iglesia fallaremos. Hay cosas que pueden pasarnos dentro de la comunidad de la Iglesia las cuales no podrán suceder cuando nos encontramos solos. Hay gracias que Dios nos da cuando estamos juntos con otros en la Iglesia que cuando nos aislamos. Cuando somos golpeados por la desgracia, por ejemplo, la gente tiende a aislarse y evitar la Iglesia. Y aún, es en este momento que necesitamos más el apoyo y el consuelo de nuestros hermanos.

A fin de fortalecer a sus discípulos, el mismo Cristo resucitado les trae su paz. Este es el más importante don que nosotros debemos pedir constantemente al Señor. De hecho, Jesús sabe bien que vivimos en un mundo problemático en el cual nos tenemos que enfrentar cada día con situaciones difíciles de la vida. A veces, nuestros proyectos de vida se han desvanecidos y nuestros sueños se han vuelto pesadillas. Jesús viene para asegurarnos que él no nos abandona; él nos trae su paz.

A fin de mantener su paz viva en nosotros, nosotros necesitamos de su Santo Espíritu. Sin el Espíritu Santo, es imposible de mantener la paz de Cristo en nosotros y alrededor de nosotros. El Espíritu Santo es la fuerza sin la cual no podemos complacer a Dios. La transformación que vemos en los discípulos después de la resurrección viene precisamente del Espíritu Santo que ellos han recibido.

A fin de estar en la paz con Dios, con nosotros mismos y nuestros hermanos, Jesús nos da el sacramento de la reconciliación. "Reciban al espíritu Santo. A los que los perdonen los pecados, les quedaran perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedaran sin perdonar", Jesús dice. Este sacramento es dado a la Iglesia y ejercido en nombre de Jesús por los sacerdotes. Cuando este sacramento es practicado con la sinceridad de corazón y confianza en el Espíritu Santo, nos trae la curación interior que realmente necesitamos. Este domingo de la divina misericordia nos recuerda que Jesús nos ama y quiere perdonarnos nuestros pecados. No perdamos la oportunidad de hacer la paz con él.

Recordemos que Cristo está presente, de un modo invisible, en nuestro medio. En cualquier momento que nos reunimos de su nombre, él está presente. Pero nosotros también manifestamos la presencia de Jesús cuando sentimos amor por el pobre y el necesitado. Nuestro testimonio a la resurrección de Jesús tiene que ser hecho no sólo en palabras sino con en hechos de solidaridad. Pedimos al Señor que nos ayude a construir una comunidad con un estilo de vida que atestigua a su resurrección. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Los hechos 5, 12-16; Apocalipsis 1, 9-11, 12-13, 17-19; Juan 20, 19-31



Fecha de la Homilía: Abril 11, 2010

© 2010 – Fr Felicien I. Mbala, PhD, STD

Contacto: www.mbala.org

Nombre del Documento: 20100411homily.pdf